

# Políticas culturales: discutiendo presupuestos<sup>1</sup>



## Isaura Botelho

Egresada de la carrera de Letras, Facultad de Letras, Universidad Federal de Río de Janeiro. Doctora en Acción Cultural, Universidad de San Pablo. Obtuvo el posdoctorado en Estudios socio-económicos en el área de cultura, Ministerio de Cultura y Comunicación, Francia, y maestrías en la Universidad Federal de Río de Janeiro y en la Universidad de Bourgogne, Francia. Especialista en planeamiento y formulación de políticas públicas de cultura en instituciones del gobierno federal. Gestora cultural desde 1978. Dictó cursos en diferentes instituciones nacionales y del exterior. Autora de numerosos capítulos de libros: “O papel das pesquisas sobre práticas culturais para as políticas públicas” (2008); “O uso do tempo livre e as práticas culturais na Região Metropolitana de São Paulo” (2008); “Políticas Culturais: discutindo pressupostos” (2007); “Equipamentos e serviços culturais na região central da cidade de São Paulo” (2004), entre otros, y de múltiples ensayos sobre su especialidad.



**Traducción:** Mariel Cifardo

Hoy, el debate sobre el foco de las políticas culturales en Brasil –por lo menos en el nivel federal– se traslada del casi exclusivo universo de las artes hacia la consideración de la cultura en su dimensión más amplia, teniendo como objetivo la cultura como derecho y como ciudadanía. Vale, por lo tanto, recordar la trayectoria de un importante paradigma que orientó la formulación de políticas para la cultura en la mayoría de los países occidentales. Hablo aquí de la democratización cultural y procuro llegar a un nuevo modelo, el de la democracia cultural.

Dentro del cuadro aún dominante, se acostumbra tomar a la cultura erudita como el paradigma que ilumina la reiterada preocupación por avalar las desigualdades de acceso a la Cultura, aquí con letra mayúscula, y que viene siendo el foco principal de la mayoría de las políticas culturales engendradas por los poderes públicos. Es ella la que da origen a las políticas de democratización cultural que, surgidas en los años 60 y 70, se mantienen hasta hoy como modelo y tienen por objetivo la superación de las desigual-

<sup>1</sup> Este texto es parte de un trabajo más amplio referente a la investigación “El uso del tiempo libre y las prácticas culturales en la Región Metropolitana de San Paulo” (CEM – 2003/2005) coordinada por la autora. En ese formato, fue publicado en el libro organizado por MARCHIORI NUSSBAUMER, Gisele, *Teorias & políticas da cultura – Visões Multidisciplinares*, 2007.

dades de acceso a aquella que es considerada la *única* o la más *legítima* cultura. El presupuesto es que existe un legado que tiene valor universal y que, sin mayores discusiones, debería ser asimilado como repertorio de cualquier persona *culta*, en oposición a las prácticas consideradas *locales*, que son vistas como expresiones de saberes particulares, en principio más limitados de los heredados de la alta Cultura.

En esta línea, la democratización es entendida como un movimiento de arriba hacia abajo capaz de diseminar a un número cada vez mayor de individuos la herencia de prácticas y representaciones que, por su universalidad, componen un valor mayor en nombre del cual se formulan las políticas públicas en el área de la cultura. Tales políticas de democratización reposan sobre dos postulados básicos: que la cultura socialmente legitimada es aquella que debe ser difundida; y que basta con que haya un encuentro (mágico) entre la obra (erudita) y el público (indiferenciado) para que éste sea conquistado por ella. Tales políticas toman en cuenta fundamentalmente los obstáculos materiales a las prácticas culturales, como la mala distribución o la ausencia de espacios culturales y los precios elevados de las entradas. No atienden, sin embargo, otros factores, tan decisivos como los citados y que no se reducen a la dimensión económica o “de oferta”. Hay distinciones de formación y de hábitos en el tejido de la vida cotidiana que tienen gran incidencia sobre las prácticas culturales, en principio por el hecho de que la cultura erudita, todavía dominante en el plano oficial por razones históricas, es sólo una vertiente que convive con otras formas de producción y otras tradiciones populares, todo bastante infiltrado por la dimensión *industrial* y mercantil de los procesos actuales.<sup>2</sup>

Avanzar en la reflexión sobre el perfil de las prácticas culturales de la población exige que se parta de esta dinámica de pluralidad (en el plano de la producción y de sus *raíces*) y de unificación (en el plano del control de la distribución y de los circuitos de consumo), condición para que se establezca una política pública articulada que contemple las varias dimensiones de la vida cultural, sin prejuicios elitistas o populistas. Hoy parece claro que invertir en la democratización cultural no supone inducir a la totalidad de la población a hacer determinadas cosas, sino ofrecer a todos la posibilidad de escoger entre gustar o no de algunas de ellas. Esto implica poner a disposición todos los medios, combatir la dificultad o imposibilidad de acceso a la producción menos “vendible”, y equilibrar el exceso de oferta de la producción que sigue las leyes del mercado, procurando lo que sería una efectiva *democracia cultural*, algo distinto de la *democratización* unidireccional que hasta aquí orienta las políticas.

La democracia cultural presupone la existencia de públicos diversos, no de *un* público, único y homogéneo, asume la inexistencia de un paradigma único para la legitimación de las prácticas culturales, y se apoya en los nuevos estudios que procuran trascender la consideración de variables como clase, renta, franja etaria y localización domiciliar como las únicas relevantes para un mayor o menor consumo de naturaleza cultural. En este sentido, el trabajo del sociólogo francés Bernard Lahire,<sup>3</sup> aunque no niega el peso de esas variables, introduce cuestiones que sugieren un abordaje más cualitativo, en busca de desmenuzar los mecanismos de transmisión de gustos y hábitos culturales, útiles para formular políticas públicas que atiendan a la diversidad de públicos que componen cada sociedad.

<sup>2</sup> Para mayor información sobre la política de democratización cultural en Francia –modelo que inspiró muchos países, inclusive a Brasil – ver el excelente análisis de Olivier Donnat en el artículo “La question de la démocratisation dans la politique culturelle française”, en *Modern & Contemporary France*, 2003, pp. 9-20.

<sup>3</sup> Bernard Lahire, *La culture des individus. Dissonances culturelles et distinction de soi*, 2004.

La contribución de Lahire forma parte de los nuevos aportes dados a la Sociología de la Cultura, inaugurada por Pierre Bourdieu en su estudio sobre los públicos de los museos europeos y, posteriormente, sobre la distinción.<sup>4</sup> En Bourdieu, la mirada se dirige principalmente hacia la distribución desigual de las obras, de las competencias culturales y de las prácticas, siempre referidas a la cultura erudita dominante. Es una sociología de las desigualdades y de las funciones sociales de esta cultura. En primer lugar, Bourdieu llama la atención sobre el deseo de distinción frente a lo que es considerado “vulgar” (en los dos sentidos del término: lo “común” y lo “grosero”), deseo que se hace acompañar de otro, el deseo de legitimidad, de excelencia. El paradigma de la democratización cultural está íntimamente ligado al universo de la cultura legitimada socialmente. Como bien recuerda Lahire,

La cultura no fue siempre ese mundo sacralizado, separado de la vida ordinaria y profana y colocada en tiempos y lugares específicos (museos, galerías, salas de teatro etc.), cuidadosamente distinta del mundo del entretenimiento y del ocio. Las oposiciones simbólicas –entre alta cultura y la sub-cultura, entre lo cultural que eleva y lo comercial que rebaja– son el producto de un esforzado trabajo de separación entre la buena simiente cultural y la maleza sub-cultural.<sup>5</sup>

Lahire incluso destaca el hecho de que la noción de cultura “legítima” sólo puede existir entre aquellos que creen en su importancia y en la superioridad de ciertas actividades y de ciertos bienes culturales con relación a otros. Los individuos y grupos sociales más dependientes de los mercados culturales clásicamente legítimos, o que están en condición de

evaluar más frecuentemente frente a las normas clásicas de legitimidad –esencialmente lo que el autor denomina burguesía y pequeña burguesía culturales–, son aquellos que más se resienten de los efectos de legitimidad del orden cultural dominante. De este modo, sólo se puede hablar de desigualdad de acceso cuando hay un fuerte deseo alimentado colectivamente. Los deseos cultivados dentro de pequeños grupos o pequeñas comunidades jamás construyen condiciones de percepción de desigualdades sociales, pues componen un repertorio sólo compartido por los miembros del grupo. Es necesario que estos deseos alcancen poblaciones más vastas, lo que apunta, más de una vez, hacia la importancia de la educación, sea formal o informal, en el sistema de constitución de los gustos.<sup>6</sup>

Para Lahire, la frontera entre legitimidad cultural (la llamada “alta cultura”) e ilegitimidad cultural (la “baja cultura”, o “simple divertimento”) no separa simplemente a las clases sociales, sino que distingue diferentes prácticas y preferencias culturales de un mismo individuo. Esto, que denomina disonancias en el comportamiento cultural de las personas –y que muchas veces son vistas como *ruidos*–, supone que nadie tiene un comportamiento estrictamente homogéneo en sus preferencias culturales, sino que, dependiendo de las circunstancias, las personas transitan por diversos registros y códigos. Así, en nombre del quiebre de una rutina estresante, personas con mayor nivel de renta y de escolaridad se permiten prácticas que consideran culturalmente poco legítimas.

### La institución escolar y las prácticas culturales

Como fue mencionado, desde los primeros estudios de Pierre Bourdieu acer-

<sup>4</sup> Pierre Bourdieu y Alain Darbel, *L'amour de l'art. Une étude sur les publics des musées d'art européens*, 1966 y Pierre Bourdieu, *La distinction: une critique du jugement*, 1979.

<sup>5</sup> Bernard Lahire, *op. cit.*, 2004, p. 71.

<sup>6</sup> *Ibidem*

ca de los públicos se apunta hacia una correlación importante entre el nivel de titulación y la propensión del individuo a prácticas culturales legitimadas, teniendo como terreno fundamental las herencias provenientes de un ambiente familiar culturalmente favorable. Es decir, los diferentes grupos sociales son dotados de sistemas de valores y de actitudes culturales que les son propios y cuya transmisión entre las generaciones es garantizada por el ambiente familiar. Aprendemos, entonces, que el nivel de titulación, aisladamente, no es suficiente para la producción del gusto. Más allá del saber escolar –medido por el nivel de titulación– se encuentra la necesidad de una competencia en materia cultural directamente ligada a una exposición constante a los productos y actividades culturales de manera de constituir un saber específico sobre la materia.

Dada su obligatoriedad, la institución escolar detenta un público cautivo, pero los bienes y actividades culturales se desarrollan, como opción, en una diversidad de espacios que, conforme a su naturaleza, no son de acceso universal sino que dependen de condiciones de clase, familia y localización domiciliar, entre otros factores. La relevancia de esta institución proviene del hecho de que ofrece la oportunidad más sistemática de socialización precoz de los individuos en lo que se refiere al arte y la cultura, permitiendo, inclusive, compensar o corregir las desigualdades provenientes de un ambiente familiar poco afecto a esas prácticas. La lectura sería un ejemplo en esta dirección, pues es una práctica en la que la correlación entre el aprendizaje escolar y su presencia en la vida adulta del individuo puede ser muy bien identificada: el estudio de la lengua, la lectura y el análisis de textos –sin entrar en el mérito de la calidad del aprendizaje– hace que ésta sea la única práctica cultural en la cual el aprendizaje

escolar impacta explícitamente.

Sin embargo, también ahí está la influencia del factor familiar, como muestra el estudio de Philippe Coulangeon sobre el papel de la escuela en la democratización del acceso a los equipamientos culturales.<sup>7</sup> El autor se detiene en algunas paradojas de la relación entre escuela y prácticas culturales (donde el diploma no puede ser considerado con peso absoluto), e indica que si bien está el capital escolar, la mayor o menor propensión a prácticas culturales depende de una variable, principal y al mismo tiempo oculta, que es la herencia familiar. Las artes y la formación cultural tienen, en verdad, un lugar marginal en el sistema escolar. Otra paradoja, más sutil, es el hecho de que la masificación de la educación no sólo contribuyó muy poco a la reducción de las desigualdades de participación cultural (certificado por los resultados de las sucesivas investigaciones del Ministerio de Cultura francés), sino que también diluyó las fronteras entre los diversos registros culturales (cultura erudita, cultura de masa y cultura popular). Tales registros, antes más jerarquizados, fundamentaban la política de democratización cultural francesa hoy en jaque porque tal dilución no resultó únicamente de la entrada de nuevos estratos de la población en el sistema educativo, sino también de la expansión de la cultura industrializada de masa (más nítida en Brasil, con educación aún no universalizada). Este fundamento impone nuevos vectores de legitimación, terreno donde la institución escolar reinaba con primacía.

De este modo, las fronteras simbólicas establecidas entre los diferentes grupos sociales no desaparecen sino que se transforman, dejando de tener como presupuesto exclusivo la cultura erudita y permitiendo la incorporación de nuevos valores que llevan a un eclecticismo en materia de gustos y de prácticas. La

<sup>7</sup> *Ibidem*. La importancia de la educación formal se debe al hecho de que la escuela tiene un público cautivo, lo que la torna un espacio privilegiado de transmisión de conocimiento.

escuela y las élites culturales pierden el monopolio de la legitimación de gustos y de la producción de normas, y la cultura de masa –y en el caso brasileño, la televisión asume un protagonismo que no puede ser ignorado– va ocupando cada vez más ese terreno, pluralizando espacios de legitimación, regida por una lógica de mercado.

Ahora bien, aunque la presencia de la industria cultural relativiza los parámetros, no debemos caer en la ilusión de creer que ella se identifica con la democratización, permitiendo a un consumidor soberano escoger el repertorio que le interesa a partir de una oferta plural, pues esto es falso. Pensar que los medios son una forma de *democratización* es atenerse a la cuestión de acceso, no a la de contenido, plano en el que la democratización a partir de los medios es tan problemática como la propuesta por la tradición erudita. La programación de TV, por ejemplo, es regida por intereses comerciales y por una escala de valores sujeta a esos intereses (los poderes públicos han sido extremadamente tímidos con relación al enfrentamiento de esta cuestión). En verdad, la televisión es un equipamiento que potencialmente puede servir a una difusión de contenidos diversificados, no pasteurizados y de calidad, siempre que sea de forma regulada. Es decir, es un equipamiento potencialmente democratizador pero no sólo de consumo, como predomina hoy, sino de formación, lo que requiere de una reformulación de las políticas de telecomunicaciones.

Esa cuestión que implica la legitimación –y que opone la tradición de las élites culturales a la emergencia de otras fuerzas como la industria cultural– era abordada ya en 1933 por Karl Mannheim, en su ensayo sobre la democratización cultural, donde el autor focalizaba en el modo como las élites buscaban afir-

mar la separación entre los registros de cultura.<sup>8</sup> Mannheim señala una semejanza: así como en la esfera política la “democratización representa una pérdida de homogeneidad en la elite gobernante”, en el mundo de la cultura habrá transformaciones en la medida en que estratos que de él participan activamente, como creadores o receptores, se tornen más amplios e inclusivos. Entre otras cosas, ampliar e incluir significa cuestionar la idea del genio o del talento en el campo de las artes, ideal que, considerado de forma irreductible, viene de culturas predemocráticas y autoritarias, en las que la genialidad no era abordada como resultado de hechos o circunstancias sino como un “carisma mágico”, y el contenido esencial de la cultura, dado por las grandes obras. Mannheim, por el contrario, identifica en la “mentalidad democrática” a la que enfatiza la plasticidad humana –identificada por él con el optimismo pedagógico– y que considera la idea de proceso y de génesis, inclinándose “(...) a explicar fenómenos en términos de contingencia antes que de esencia”.<sup>9</sup> Así, un abordaje democrático en el terreno de la educación musical, por ejemplo, abandonaría la distinción esencial entre los dotados y los no dotados musicalmente, pues “todo niño es potencialmente ‘musical’; las diferencias manifiestas en cuanto a dotes musicales provienen sólo de experiencias precoces”.<sup>10</sup>

Considerada la cuestión de la participación activa, y también la relación entre fruición (como público) y hacer (como realizador), entramos en un terreno que constituye uno de los mayores desafíos para los formuladores de políticas de cultura: ¿cómo articular el aspecto de la formación de públicos con el apoyo a los productores, creadores? ¿Cómo fortalecer en el mismo individuo la interacción de estos dos aspectos? En

8 Philippe Coulangeon, “Quel est le rôle de l’école dans la démocratisation de l’accès aux équipements culturels?”, en Olivier Donnat y Paul Tolila (dir.), *Le(s) public(s) de la culture*, 2003.

9 Karl Mannheim, “A democratização da cultura”, en *Sociologia da cultura*, 1974, pp.142/144/150 y 151.

10 *Ibidem*, p. 151.

otras palabras, ¿cómo articular educación y cultura, ciudadanía y producción cultural? Se sabe que una de maneras más importantes de formarse un público es a partir de la experiencia vivida por los individuos: tener la posibilidad de hacer danza, teatro o música es una manera de profundizar la relación con las artes que incide sobre las formas de fruición. Incluir los lenguajes artísticos en la formación de cada uno es un paso importante para alterar el patrón de relación con las artes; es decir, salir de una fruición apenas de entretenimiento hacia una práctica en la cual éste se desdobra en un proceso de desarrollo personal. Esto supone que las políticas, para atender tanto a la población como a la comunidad de productores, deben considerar la formación en sentido amplio: la formal, mediante el uso de la escuela, y la informal, por la oferta de oportunidades (programas o proyectos) fuera de la escuela. En este último caso, la existencia de equipos culturales multidisciplinarios puede cumplir un importante papel formador.

La opción usual hecha por los poderes públicos –apoyo a las artes y atención a la población sólo como público consumidor– es limitada. Es necesario apoyar el *hacer*, por lo que éste trae como beneficio por sí mismo, además de auxiliar en la formación de públicos. Esto no significa menospreciar el consumo de las obras y prácticas de la cultura pretendida como universal –ir a conciertos o a museos, por ejemplo– sino dar prioridad para la ampliación del repertorio de información cultural de las personas, permitiéndoles el conocimiento de los diversos lenguajes y sus códigos. De esta manera, el foco se ubica en el desarrollo del individuo y no en la preocupación por él en cuanto consumidor. En verdad, una cosa alimenta la otra, pues la literatura señala que quien tiene la oportunidad de vivenciar los haceres artísticos

es potencialmente el mejor público para las manifestaciones artísticas y culturales. Además, la inversión en la formación/ información aparta las políticas públicas de las demandas de naturaleza corporativista de los diversos sectores artísticos que monopolizan la atención de los gobiernos.

El deseo por *cultura* no es nunca una reivindicación clara y organizada de la población (que generalmente reclama más por equipamientos de ocio). Según Lahire, la posición de los productos de la cultura erudita en el abanico de situaciones consideradas deseables es incierta. Tomando las opciones –ganar dinero, obtener un diploma más avanzado, acceder a las formas de cultura consideradas superiores– se observa que es más fácil quedar indiferente a las formas culturales que a las dos primeras, dadas las consecuencias sociales ahí implicadas. Incluso el diploma, dependiendo del contexto, puede no ser tan valorizado.<sup>11</sup> Entre otros factores, esto explica el carácter más fluido del debate sobre las prioridades en el terreno de la cultura, pues cuando ésta se reduce a factor distintivo, y no es una necesidad cercada por los mismos imperativos que otras formas de ganancia en la jerarquía social, hay una desvalorización del *hacer* como vivencia cultural más profunda y como palanca en la formación global de los individuos. En las políticas públicas, la consecuencia es la minimización de la inversión en la formación para el *hacer*, más integrador, mientras que la mera difusión de la cultura erudita permanece como prioridad presupuestaria de los poderes públicos. ■

## Bibliografía

- BOURDIEU, Pierre, *La distinction: une critique du jugement*, Paris, Éditions de Minuit, 1979.  
BOURDIEU, Pierre y Darbel, Alain : *L'amour de l'art. Une étude sur les publics des musées d'art européens*, Paris, Éditions de Minuit, 1966.

<sup>11</sup> Lahire, *op. cit.*, p. 40.

COULANGEON, Philippe : "Quel est le rôle de l'école dans la démocratisation de l'accès aux équipements culturels ?", en Olivier Donnat y Paul Tolila (dir.): *Le(s) public(s) de la culture*, Paris, Presses de Sciences Po, 2003.

DONNAT Olivier: "La question de la démocratisation dans la politique culturelle française", en *Modern & Contemporary France*, Vol. 11, N° 1, 2003.

LAHIRE, Bernard : *La culture des individus. Dissonances culturelles et distinction de soi*, Paris, La découverte, 2004.

MANNHEIM, Karl: "A democratização da cultura", en *Sociologia da cultura*, Sao Paulo, Perspectiva/EDUSP, 1974.

MARCHIORI NUSSBAUMER, Gisele (org.), *Teorias & políticas da cultura – Visões Multidisciplinares*, Salvador, Editora da Universidade Federal da Bahia, 2007.